Ingenuidad y perversión parisinas



Enrique Jardiel Poncela

Ingenuidad y perversión parisinas

Enrique Jardiel Poncela

(Novela de amor y de reuma escrita en francés por Enrique Jardiel Poncela y traducida bastante regularmente al castellano por un salteador de caminos, canales y puertos. Revisado por los padres del autor. Editorial Muerdechapas, Paseo de las Cuadrillas, 33, Madrid.)

Contents


Susana Graven
(La loca)
La rubia
Alicia
Renato Mechim
(El pintor)
El vizconde Fabio
de Contenney.

CAPÍTULO I. Del sarao al crimen

Era en diciembre, y, sin embargo, nevaba.

Corría que se las pelaba el fin del año de 184... y en una lujosa y bien alfombrada mansión de la *rué* de la *Chaussee d'Autrin*, un poco hacia la izquierda, se celebraba un sarao brillante cual pocos.

Entretanto, París dormía.

Y Londres roncaba.

Y Nueva York, desvelado, paseaba de un lado a otro a lo largo de su alcoba.

Y San Petersburgo leía, sentado en la cama.

Y Madrid estaba de verbena.

Porque el mundo era así de variado en aquel año de 184..., en que comienza nuestra verídica historia.

Pero retrocedamos a las primeras líneas de este capítulo para aclarar que, si París dormía, muchos de sus habitantes no imitaban a París, sino que recorrían las calles cantando villancicos en lengua de Oc y dando vivas al canal de Suez, recién inaugurado en Suez, circunstancia por la cual se llamaba al canal, canal de Suez. También daban vivas a la República, pues ya es sabido que Francia es un pueblo de impíos y herejes y todos los impíos y herejes dan vivas a la República en cuanto tienen ocasión.

Años después, en España, otro canal iba a llamarse de Isabel II, por haberse inaugurado también en Isabel II; pero esto nos aleja de nuestro relato, por lo cual abandonamos los canales definitivamente y volvemos a la mansión de la *rué* de la *Chaussée d'Autrin*, donde estábamos.

Era la casa la señalada con el número 15. Y la señalada con dos agujeros en la fachada, recuerdo histórico de la toma de París por los Normandos, cuando los Normandos tomaron París.

Entremos en la mansión de la *rué* de la *Chaussée d'Autrin*, número 15 —que para ponerlo en francés habremos de escribir 15, *Chaussée d'Autrin*— y veremos la fiesta en todo su apogeo. O apogedo, que es como debe decirse tratándose de gente fina.

Nos encontramos en un salón de techo elevado como un ideal, adornado con infinidad de bombillas eléctricas de doscientas y en cuya oscuridad misteriosa e incitante oímos una voz varonil que decía:

—¡Gastón, enciende las luces!

Y Gastón, el anciano mayordomo, acude todo lo rápidamente que su reúma le permite y hace girar los conmutadores eléctricos.

¡Vano trabajo!

La electricidad no era todavía un hecho fetén en el año de 184..., en que esto ocurría.

En vista de lo cual, Gastón pegó un silbido que sonó lúgubre y tenaz; y obedeciendo al silbido, nueve criados de Bretaña irrumpieron en el salón, portadores de cuarenta quinqués, a cuyo resplandor brutal pudo verse que el salón estaba lleno de invitados de todos los sexos.

Personajes de la alta política, de la alta aristocracia, del alto arte, de la alta ventriloquia y hermosas damas, provistas de dos ojos, netamente francesas, pululaban por allí.

Todo el París importante había acudido aquella noche al sarao brillante cual pocos de los condes de Atelier, noble familia que tenía cinco castillos repartidos por toda Francia, sin contar el ruiz-castillo que poseían en Menesvil-sur-Seine (Logroño).

Los criados repartieron entre los caballeros los cuarenta quinqués y los caballeros, sosteniendo los quinqués con la mano izquierda, rodearon con la derecha los leyes talles de sus parejas y reanudaron el baile, interrumpido poco antes por la falsa creencia de que la luz eléctrica acababa de inventarse en un pueblo americano de América.

¡Qué bestia! ¡Qué aspecto deslumbrador ofrecía el salón!

Era un ascua de oro.

Era una cosa casi fuliginosa.

Imposible describirlo con la pluma.

Haría falta pluma y pelo.

Y la calvicie abruma nuestra época.

Pero sigamos, que se nos va a ir el tranvía de la Prosperidad.

Estábamos en el sarao brillante cual pocos de la *rué* de la *Chaussée d’Autrin*.

Y observamos que allí, en un rincón, una bellísima e imponente joven y un robusto y siempre erguido mancebo de negros ojos, fascinadores, platicaban.

Oigámosles ocultos tras un cenicero.

El diálogo era rutilante e hipócrita.

Véase:

—Disimulad, amada mía —dijo él, dirigiéndose a ella, razón por la cual utilizaba el género femenino para hablarla—. Disimulad. Los invitados nos espían con el rabillo de los ojos.

—¡Oh, sí! —concedió ella, desparramando una mirada a su alrededor—. Solo veo rabillos.

—Pues son dos ojos —insistió aclarando el robusto y siempre erguido mancebo.

El cual, como fácilmente se adivina, no era otro que el notable y jamás conocido poeta Renato Machim de Mauregat-Perifoller, de la más rancia aristocracia de los Vosgos.

La bellísima e imponente joven se apoyó desfallecida en un brazo de él y su voz volvió a sonar como delicado pañuelo, para decir:

—¡Oh, Renato!

Mientras, abría y cerraba su abanico con tal nerviosidad que le partió seis varillas. Añadiendo a continuación, en un susurro mísero:

—Mi impaciencia es tan grande que temo que asome a mi faz.

—Lo comprendo y os idolatro —arguyó él, inmediatamente—. ¡Pero, por Dios y varios santos...! Haced que nadie se dé cuenta de nuestras tribulaciones mutuas o, de lo contrario, mi tranquilidad y vuestro honor se harían cisco.

—Sí, Renato. Mas decidme, sin faltas de ortografía: ¿creéis que el estúpido criado Mauricio traerá a la niña?

—Estoy seguro de ello, porque el estúpido criado Mauricio es listísimo. La traerá...

Y para convencer bien de ello a la bellísima e imponente joven, el robusto y siempre erguido mancebo repitió cinco veces:

—¡La traerá! ¡La traerá! ¡La traerá! ¡La traerá! ¡La traerá!

Agregando:

—Hace media hora que la diligencia de Ivres-de-Cognac habrá llegado transportando a ambos, entre cofres, maletones y capas, y no tardarán en avisarnos de su llegada.

—Mi corazón se bambolea de angustia. No ignoráis, Renato, que «aquel» infame hombre hará lo posible por...

—¡No habléis más!

—Y que si mi padre llegara a saber...

—¡Silencio, Alicia!

—Y que si mi tío el coronel averigua...

—¡No sigáis, por el cielo!

—Y que si la pobre loca viese a la niña...

—¡Oh, callad!

Y la bellísima e imponente joven, tras de cuyas pupilas verde manzana madura se ocultaba en realidad la personalidad delicada de Alicia de Bearnotte Chassis de Citroen, se calló al fin.

Con lo cual, el jamás conocido poeta Renato la enlazó y se tiró de cabeza con ella al centro del salón, dispuestos a taconear ambos lo que podríamos llamar la polka del disimulo.

Segundos después, uno y otra polkeaban con furia merovingia.

Y sus semblantes sonreían en amplias sonrisas concéntricas, camuflando la tempestad feroz que cubría de espumas de zozobras las playas tropicales de sus corazones, constantes para el latido: sístole y diástole, sístole y diástole, sístole y diástole. Y así siempre...

¡Cuántas dolorosas penas e incertidumbres se agazapan, a veces, en las sonrisas concéntricas de una pareja de jóvenes que, bailan la polka en un sarao brillante cual pocos!

Sobre todo en Francia.

Y en los diciembres níveos.

***

Pero abandonemos por ahora a nuestros amigos, pues la polka no nos es grata y ni el lector y yo haríamos buena pareja de baile, y parémonos un momento a hacer consideraciones, inevitables para la mejor comprensión de este relato.

El amor de Alicia y Renato era puro, aunque él fumaba en pipa y ella, por su parte, odiaba el tabaco.

Pero pueden dos enamorados odiar el tabaco y fumar en pipa y, no obstante, mantener un amor que sea puro.

Ello se ha comprobado a lo largo de la Historia; y si no, ahí está Ricardo «Corazón de León» y ahí La Rochefoucauld. Y Nelson. Y tantas otras figuras famosas que no nos dejarían mentir y que, sin embargo, ahí están.

Aquel amor era puro.

Y no obstante...

Pero no precipitemos nuestras consideraciones.

Añadamos, eso sí. que lo puro no siempre es puro, singularmente cuando la pasión se tiende como una amenaza sobre seres cuya educación ha sido elaborada a brazo.

Esto es tan importante, que el lector obraría bien no olvidándolo ni un momento.

Y ahora, bien convencidos de esa axiomática verdad, salgamos de la mansión del 15 de la *rué de la Chaussée d'Autrin* y achantémonos en una esquina oscura y solitaria de la *rué*.

Todo calla en seis millas a la redonda.

La nieve se enseñorea del suelo y es blanca y fría como quiosco de helados, suavemente blanca, dulcemente blanca, tímidamente blanca, fríamente blanca, ¡lo que se dice blanca!

¡Ah, París!

¡Cerebro del mundo!

¡Tentacular ciudad, situada en medio del campo y rodeada de solares!

¿Quién sabrá nunca lo que escondes en tu seno?

¿Y en tu Sena?

Pero callemos nosotros también, puesto que todo calla, y si callamos veremos desde nuestra esquina de la *rué* citada cómo un fornido y feo atleta, sin el menor esfuerzo, dobla la esquina.

Viene el nuevo personaje envuelto en una capa de paño alemán con broches de oro y vueltas ciclistas.

Con una mano se sujeta el embozo.

Con otra mano se apoya en un recio bastón de nudos gordianos.

Y con la otra mano aprieta convulsamente un bulto contra su pecho.

Aprovechando la mano que le queda libre, al doblar la esquina, el hombre se detiene un instante y exclama:

—*Sapristi!*

No hay duda: es francés.

Pero, ¿y ese bulto que el fornido y feo atleta aprieta contra su pecho?

¿Es francés también ese bulto?

Y si es francés, ¿qué contiene?

¡Ah!

Algo vivo debe de contener: ¡sí!

Algo que palpita, que respira, que siente, que piensa, que conoce, que recuerda, que imagina, que calcula, que anda, que corre, que existe, en suma.

Pues dentro del bulto acaba de brotar una voz, genuinamente humana, que ha dicho:

—¡Quieto calamelos! ¡Cómplame pirulis! ¡Cómplame el *Pinocho*![1]

Y en seguida, hasta nuestros oídos cubiertos de nieve, pero siempre sensibles, llega—claro y distinto—el llanto de una niña rubia, de cinco años, tres meses y un día.

A la luz de un farol parisino y por parisino indiscreto, reconocemos al hombre de la capa.

No es otro que el estúpido criado Mauricio, de quien ya oímos hablar dentro de la mansión antes presentada y descrita: el leal vasallo de la Casa Bearnotte Chassis y de Citroen.

El cual llevaba bigote y patillas, sin que a su vigoroso atletismo le importe nunca llevar siempre encima aquellas tres cosas; y arrastra, en cambio, con dificultad, una pierna.

Artritismo.

Reuma.

Gota.

Piperacina del doctor Grau.

El estúpido criado Mauricio ha oído a la niña. Y, perfectamente, llega hasta nosotros su respuesta:

—No llores, que me decepcionas—le dice—. ¡No llores, bigote mío!

¡Ah! Bien seguro es que el estúpido criado Mauricio ama a aquella desconocida niña, pues solo cuando ha de expresar un excepcional sentimiento afectivo, llama él a alguien «bigote mío», por ser su bigote lo que más rudo amor le inspiró siempre, desde que se lo dejó crecer en Burdeos; y más aún, desde que se lo dejó olvidado en una posada del camino de Besanzón.

Mas no interrumpamos al estúpido criado Mauricio en su párrafo, que concluyó así:

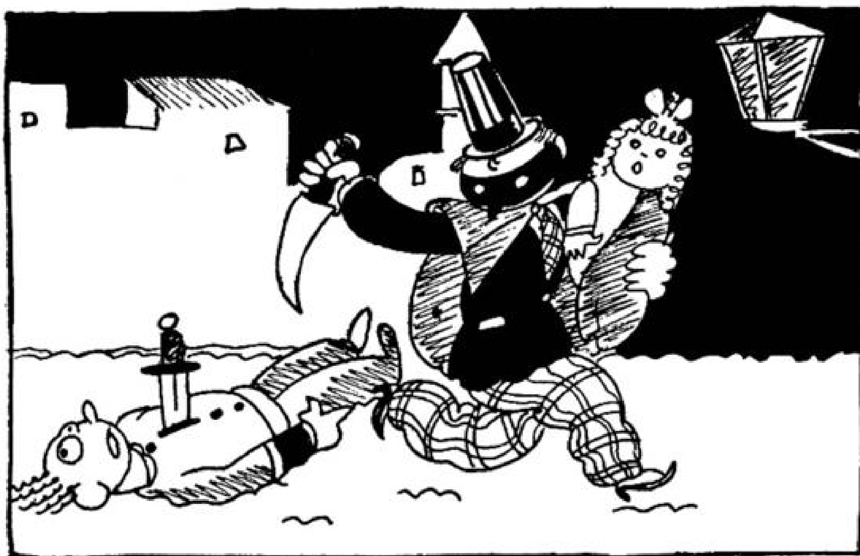
—No llores, bigote mío, que ya llegamos.

Y después de caerse sentado en la nieve doce veces al pretender cruzar la calle, resbaladiza como un diplomático, el fornido y feo atleta prosiguió enérgicamente su camino.

Fue entonces cuando del portal de cierta casa de ladrillos recochos que se hallaba por casualidad parada en la acera de enfrente, otro personaje surgió, cual surge la lívida luna en los cementerios del Poiton, al través de los rígidos cipreses.

Solo se veía de él una chistera y un *mackferland*; datos suficientes para que no logremos saber quién es.

Sabemos, en cambio, que dio un salto de tigre famélico y que, cayendo sobre el estúpido criado Mauricio, le arrancó la niña de las manos.



¡Arrea!

Pretendió huir; no hay duda de que pretendió huir, pero en aquel decisivo instante el vigoroso y feo atleta gritó con voz que dominaba el oleaje:

—¡Socorro! ¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Para agregar acto seguido:

—*O, mon Dieu!*

Y para decir todavía con la sorpresa cromolitográfihuecograbada en el rostro:

—¡Cielos nublados! ¿Vos, señor vizconde?

—¡¡¡Maldito!!!—rugió otra voz, escapándose de entre la chistera y el *mackferland*—. ¡Maldito! ¡Me has reconocido…!

Y en tono resuelto, el nuevo personaje agregó:

—¡¡¡Pero no hablarás!!!

Después de lo cual y con rapidez que tendremos que llamar fulmínea y nos quedamos cortos, sacose un puñal que llevaba oculto en una bota y se precipitó contra el estúpido criado Mauricio, atravesándole de parte a parte con seis golpes de puñal consecutivos.

De nuevo había de caer al suelo aquella pavorosa noche el fornido y feo atleta; y esta vez caía para no levantarse ya a ninguna hora, lo que es imperdonable en un criado si no lo justificara el que se hallaba mortalmente herido, sobre todo debajo de la capa.

El asesino, desalmado y tenaz, aún repitió su ataque cuando ya la víctima, en decúbito supino, era un pobre cuerpo simpatizante con la putrefacción.

Aún le tiró otros dos viajes, escoltados del mayor insulto que podía escuchar un parisiense gubernamental en el año de 184...

—¡¡¡Victor Hugo!!! ¡¡¡Victor Hugo!!!

—¡Mi pierna! ¡Mi pecho!

—¡Calla, perro de aguas! —gruñe el vizconde—. ¡Muere! Aguardo tu estertor con alegría salvaje...

Y aún había de hacer algo peor, pues el alma de un criminal se dilata con su propia fiebre, como el mercurio en el termómetro, cuando no es un termómetro barato, que entonces ni mercurio ni nada: purpurina y gracias: aún había de sentarse en la blanca nieve del arroyo, al lado del yaciente, a esperar su último estertor, como quien espera el último autobús.

Autobús, digo estertor, que no había de hacerse esperar mucho.

Y, en efecto: hora y tres cuartos más tarde, el que había sido estúpido criado Mauricio, que ya no era sino un estúpido cadáver, estaba muerto. Circunstancia que aprovechó el asesino para frotarse las manos con satisfacción repugnante, coger de nuevo a la niña, que se hallaba haciendo figuritas con la nieve, y, tapándola con el *mackferland*, huir con ella entre los brazos en dirección a Versalles.

La niña, con la sublime idiotez de la infancia, que no comprende el porqué de las cosas que pasan a su alrededor y que es lo que hace a los niños tan parecidos a los hombres, tendía hacia el criminal sus manecitas y repetía una vez, dos veces, cien veces, cuatro mil quinientas cincuenta y cuatro veces seguidas:

—¡Quielo calamelos! ¡Cómplame pirulís!

Pero ¡que le fueran con niñerías al asesino!

¡Menudo era el vizconde! ¡Tenía el corazón duro como un Amadeo!

¡Si el día que no mataba a alguien le parecía que le faltaba algo...!

Y le faltaba algo:

Matar a alguien.

CAPÍTULO II. El espantoso descubrimiento

Las horas pasaban con lentitud de tortuga anciana y la inquietud de la bellísima e imponente joven Alicia de Bearnotte Chassis de Citroen, así como la del robusto y siempre erguido mancebo y poeta jamás conocido Renato Machim de Mauregat-Perifolles iba en doloroso aumento, pues ambos aguardaban la llegada del estúpido criado Mauricio; y este no aparecía.

—¿Os convencéis de que es estúpido, Renato? —interrogaba ella cada cinco minutos, especialmente para darle la lata a Renato.

Hasta que a las doce y doce, aprovechando que el baile se había interrumpido por rotura de una cuerda del violín segundo de la orquestina, le sembró la duda en el corazón, diciéndole:

—¿No vendrá la diligencia con retraso?

—Alicia mía: la diligencia viene siempre con diligencia; por eso la llamamos diligencia—replicó Renato, venciendo aquella duda atroz.

—¡Oh! Bien —arguyó ella—. Pero también a la tarde la llamamos tarde y nunca llega tarde.

—Sí —replicó él—. Mas no olvidéis que a la mañana la llamamos mañana y a veces la mañana no es la de mañana, sino la de hoy.

—Reconoceréis, al menos —replicó Alicia— que al jueves le llamamos *jeudi* y, no obstante, es jueves.

—Cierto. Pero, ¿acaso al miércoles ro le llamamos *mercredi* y, sin embargo, hay ocasiones en que al miércoles le llamamos ayer?

—Menos esta semana, en que al miércoles le tenemos que llamar anteayer...

—Pero eso ocurre por ser hoy viernes.

—No. Ocurre por ser mañana sábado.

—Y por haber sido ayer jueves...

—Más bien por haber sido anteayer miércoles, querido.

Esta conversación se prolongó hasta las dos de la madrugada, meridiano de Angulema.

A las dos y cinco lo que ambos enamorados decían era lo siguiente:

—¿Queréis, bellísima e imponente Alicia, que os recite unos versos para calmar esta espera tremenda y distraer vuestra angustia?

Alicia replicó con entusiasmo:

—Por mí, haced lo que queráis...

—¿Pero me amáis o no? —interrogó él, cual solía hacer todos los días a aquella hora.

—¡Oh, sí, sí! —exclamó Alicia—. ¡Sí os amo, Renato de mi vida! ¡Sí os amo, Renato de mi miriñaque!

Y dicho aquello, el poeta jamás conocido se puso de rodillas en el

centro del salón, como acostumbraban a hacer todos los poetas de la época, y recitó los siguientes divinos versos, hijos políticos de su numen arrebatadísimo.

Eran inmensos como la Pampa argentina, pero sin gauchos

Oídlos...

Oídlos vosotros también, castos lectores:

Romanza a Alicia

¡Oh, dulce Alicia,
blanca novicia:
la que desquicia
el equilibrio de mi razón!

¡Oh, Bearnotte,
rubio angelote:
tú unes la dote
al entusiasmo de la pasión!

¡Oh, Alicia bella!
Eres la estrella
que ha hecho más mella,
desde que existo, dentro de mí...

¡Oh, Alicia hermosa!
Mi vida es losa
cementeriosa
cuando me encuentro lejos de ti.

¡Oh, linda amiga,
ven que te diga
cosas con miga
en la penumbra de aquel salón!

¡Oh, tierno dueño!
Contigo sueño
desde pequeño:
desde mis tiempos de biberón.

¡Oh, ser de seres!
Di que prefieres
a otros placeres
el de quererme con toda fe...

¡Oh, luz suprema!

¡Llama que quema!
¡No seas mema
y ten coraje; y abrázame!».

Una ovación estruendosa de todos los invitados al sarao brillante cual pocos coronó el verso postrero, que nos vemos obligados a calificar de brutal y tan intenso como un dolor de muelas.

—¿Os ha deleitado? —interrogó Renato a Alicia cuando aquel aplauso cerrado se volvió a abrir.

Y la rubia e imponente joven, llevándose a su amado a un rincón, donde podía verse un bargueño y tres telas de araña, replicole:

—Me habéis encendido el cutis de entusiasmo, pero al mismo tiempo, ¡oh, mi Renato!, toda yo soy un camión de rubor, pues vuestros versos son atrevidos como soldados de infantería. No obstante, quizá debamos olvidar estas estupideces y pensar en que todavía no ha llegado la niña, «nuestra hija», y que…

No pudo hablar más, pues al acabar de pronunciar aquellas dos imprudentes palabras: «nuestra hija», el jamás conocido poeta la tapó la boca con el bargueño, mientras exclamaba con acento circunflejo:

—¡Santo Dios, callad! ¡Pueden oíros! ¡No olvidéis que nadie, ni nosotros siquiera, debe conocer nuestro secreto!

Y para no seguir hablando él tampoco, el prudentísimo mancebo metió su cara también debajo del bargueño.

Ambos jóvenes sordoenmudecieron.

Dejémosles; respetemos su silencio…

***

Serían aproximadamente las dos de la mañana.

Sí. Serían las dos o cosa así.

Hallábase la fiesta en un punto ferozmente culminante, en todo su apogeo terpsicópeo, cuando el mariscal Paul de Colechienes-Ruperiot, que venía de la calle, a donde había tenido que salir momentos antes para encender su cigarro en un farol, hizo en el salón una entrada que para sí la habría querido aquella noche la empresa del Teatro de la Renaissance, gritando con aullidos de malabarista:

—¡Un muerto! ¡¡Un muerto!!

El jollín que sus palabras provocaron en el sarao brillante cual pocos solo podría pintarse al óleo.

Veinte señoras se desmayaron y catorce caballeros, en el límite del desconcierto, se guardaron en los bolsillos objetos valiosos.

Varios criados, que conservaban la serenidad y más cuerdas, se

descolgaban por los balcones del inmueble y recogieron de la blanca nieve del empedrado, que en Francia se dice *pavé*, el cadáver del estúpido criado Mauricio, pues ese y no otro era el muerto que había anunciado el mariscal.

Pronto la masa de invitados rodeó al fallecido cadáver, provisionalmente colocado sobre el piano, haciendo comentarios y encaje de bolillos

Ved.

—¡Es el estúpido criado Mauricio!

—¡Sí! ¡El fornido y feo atleta!

—¿Quién le habrá matado?

—¡Feliz él, que ya no sufrirá del artritismo, reuma y gota!

—¡Ni de Piperacina del doctor Grau!

—Y ahora, muerto él, ¿quién se va a ocupar de las plantaciones de ajos que posee en Vincennes?

—¡Pobrecito!

—¡Pobrecito!

—¡Pobrecito!

—¿Deja hijos?

—Deja ajos.

Etcétera, etcétera, pues el diálogo fue todo así.

Y el llanto corría como galgo perseguido…

***

Abriéndose paso por entre los invitados y mirones con una llave inglesa, la bellísima e imponente Alicia se acercó al cuerpo del que en vida fue Mauricio, criado, estúpido, atleta fornido y feo, y quedó muda por no saber qué decir.

El mariscal Paul se adelantó para explicarle:

—Lo he encontrado en el arroyo, tendido como una sábana lavada. Y un momento antes de morir pronunció un nombre…

—¡¡Dios mío!! —gritó Alicia, coreada por todos los invitados y mesándose los negros cabellos—. Quizá el nombre del asesino…

Y añadió, presa de la agitada agitación:

—¡Hablad, mariscal! ¡Decid ese nombre! ¡Decidlo o maldito seáis, si no!

Estas palabras tuvieron la virtud de que el corro de los invitados se estrechase aún más, alrededor de los que ahora eran protagonistas.

—¡Repetid el nombre que pronunció este desdichado! —insistió Alicia, aferrada a una de las charreteras del mariscal.

—¡Repetidlo!

Y Renato, que había seguido a Alicia, como sigue siempre el

enamorado a la enamorada y el cobrador al que se resiste a abonarle una cuenta, unió su voz a la de ella para pedirle al mariscal:

—¡Repetid ese nombre, qué tanta luz va a darnos! ¡Repetidlo!

—Pues bien —replicó, al fin, el mariscal, defendiendo su charretera heroicamente—. Ese nombre fue Napoleón Bonaparte.

—¡Ah! —murmuraron Renato y Alicia.

—¡Ah! —dijeron todos, comprendiendo.

Porque todos comprendían que la pobre víctima, en el momento del óbito, se había acordado del Emperador, en cuyas filas y a nado había atravesado el Berézina[2], en Rusia.

—¿Pero y la niña? —aulló más que gritó Alicia, sobreponiéndose a la campaña de Rusia, al sitio de Tolón, al puente de Arcola y a todos los recuerdos del Imperio que aquel nombre había resucitado en los asistentes y, más que en los asistentes, en los militares de graduación —. ¿Y la niña?

—¿Qué niña? —dijo el mariscal, que empezaba a hacerse un lío —. ¿Es que el estúpido criado Mauricio tenía que traer alguna niña?

—No... Sí... No... Sí... ¡No!... ¡Sí!... —musitó Alicia sin saber qué decir al verse descubierta.

Luchando...

Luchando entre callar y hablar.

Entre averiguar y confesar.

Entre ocultar y aclarar.

Entre afirmar y negar.

Entre Scila y Caribdis.

Entre Pinto y Valdemoro.

Y como su cerebro, que no era gran cosa, se resintiera de aquella lucha interior, de aquel íntimo combate que destrozaba sus meninges, Alicia dio media vuelta y salió rápidamente de la estancia, enganchándose un pie en la alfombra y dándose una ligera costalada, al salir.

Y cayó de bruces en el jardín de invierno, que estaba al lado del salón, porque se ponía donde le daba la gana: para eso llevaba quince años en la casa.

***

Una hora después, y agárrense ustedes, una hora después, Renato desaparecía por la misma puerta por donde hiciera mutis su amada, aunque sin engancharse en la alfombra.

Y al llegar al gabinete particular de la bellísima e imponente joven vio...

En el centro...

Rodeado de blandones…
Un féretro…
Con un cuerpo laureano…
En su interior…
¡Era el cadáver de Alicia![3]



CAPÍTULO III. El asalto en la carretera de Epinney

Por aquellos días del año 184… París era mayor que Pozuelo.

Y aunque todavía no corría por sus entrañas el ferrocarril subterráneo, sin embargo, las ciruelas se vendían muchísimo más baratas.

De ahí vino el llamar a París la *«Ville Lumière»*.

Pero no se lo digan ustedes a nadie.

En una calleja del tranquilo y detergente barrio de Passy —habitado especialmente por pequeños rentistas, grandes vagos, burgueses, malabaristas, ingenieros industriales y leprosos—, una mujer, que a todas luces y a oscuras denunciaba tener perturbadas sus facultades mentales, avanzaba jugando al diávolo.

Entretanto, una tribu de chiquillos, sin tiempo material para civilizarse, la perseguía, gritando, cantándole coplas alusivas, vitoreándola y tirándole sillas.

Infamias horrendas cantaban los chiquillos:

> «¡La loca! ¡La loca!
> ¡No dice ni palabra!
> ¡Pero todos sabemos
> que está como una cabra!».

También le cantaban cosas que no estampamos aquí por lo inmorales, como, por ejemplo, esta:

> «¡Loca perdida!
> ¡Loca del demonio!
> ¡Vete a donde debes!
> ¡Vete a un manicomio!».

Canción inmoral, sí.

Canción soez.

Pero, ¿qué va a esperarse que canten los golfillos de la calle, criados entre adoquines, entre desperdicios de la ciudad, basuras, botes de pimientos, alpargatas rotas y pedazos de cañerías oxidadas?

Solo el ministro de Educación francés del año 184… tenía la culpa de espectáculos así de bochornosos; pero ni el ministro estaba enterado de esto, ni pasaba siquiera nunca en su *milord*, tirado por dos caballos y dos sotas, por el barrio de Passy. porque el ministro vivía en Menilmontant,

¡Y París es tan grande!

¡Era ya tan grande entonces!

Hubiera necesitado París, por su tamaño, cuarenta o cincuenta

ministros de Educación.

Y no había tantos ministros de Educación en Francia en 184...

Se esperaba recibir ministros de Educación de un momento a otro, pero entonces no había.

La verdad es que aquellos ministros de Educación que se esperaba recibir no llegaron nunca.

Pero esto nos desvía de nuestro relato; y no puede ser.

Regresemos a los niños soeces de Passy.

Y a la mujer a quien cantaban las horrendas cosas que hemos copiado.



Aquella mujer, en cuyos ojos se veían algunas pestañas y las desviaciones hacia los lagrimales propias de la mochalez aguda, representaba de cuarenta a noventa y ocho años.

¡Tanto estrago había causado en su rostro y en su partida de nacimiento la terrible enfermedad, conocida con el nombre de chaladura, que convulsionaba su pobre y lamentable cerebro!

Era alta, delgada y católica.

Vestía un traje de papel de estraza muy usado por otras personas y se apoyaba en una viga de cuatro metros.

¡Infeliz!

Pero hora es ya de que descubramos al lector lo que a aquella mujer le sucedía,

¡Era que estaba loca de la cabeza!

Es decir: ¡demente!

Y no hay más remedio que dejar a la desdichada loca haciendo el imbécil por las calles del barrio de Passy, pues nos vemos obligados a salir disparados como flechas a las afueras para ser testigos de acontecimientos mucho más importantes.

Vayamos a la carretera de Epinney.

Ya estamos.

La carretera de Epinney, que era una carretera por donde se iba y se venía a Epinney, presentaba en aquella época una apariencia larga y confortable come una cama turca, pero sin muelles.

El sol —rubicundo y disolvente Febo— daba pinceladas de oro en los árboles, pinceladas de oro que pagaban a medias el Ayuntamiento de París y el de Epinney, y que costaban lo suyo, pero los árboles vivían contentos y ya entonces conocían las autoridades la importancia que tiene para un país el que sus árboles vivan contentos.

Un árbol triste, ya se sabe, acaba entregándose a la bebida; y se bebe su propia copa; y luego es un lío espantoso el que se arma.

El sol daba pinceladas de oro en los ramajes de los árboles y unas veces lo hacía en los añosos troncos y otras veces andaba por las ramas.

Así es el sol.

Pero, ¿con qué sustituirlo?

Francia vive resignada con su sol.

Y a vista de pájaro, aquel panorama de la carretera de Epinney fascinaba y molestaba los ojos.

A un tiempo mismo.

Los campos circundantes parecían asustados de aquel cielo azul, como una muleta de un torero español, después de tan largos días de nieve, frío, ventisca y otras pirotecnias propias de la estación invernal.

Y si las flores no esmaltaban los campos era porque no sé qué pasa, que en Francia, ni entonces ni ahora, se ve una flor ni media en el mes de enero.

Pero, en cambio, allá, en la lejanía, cerca de la cerca que rodeaba la aldea de Debussy-la-Musique, se columbraba una noria que giraba vertiginosamente, movida por un borrico que también era alcalde del pueblo.

***

Todo aparecía en calma y en paz y en gracia de Dios en la campiña cuando un hombre brotó, como por encanto, en la carretera, procedente de la parte de Epinney (sur-sudeste).

Montaba un caballo negro.

Y la figura del hombre apenas se adivinaba, envuelta en la

hopalanda grisácea de un abrigo de entretiempo que tenía dos grandes solapas y un ojal de menos.

El jinete detuvo su cabalgadura al llegar a la legua número 7 y, al erguirse sobre los estribos oteando el horizonte con un impulso que denunciaba su excelente sistema muscular, se vio a la legua número 7 que buscaba algo o a alguien.

No tardó en estremecerse da arriba abajo.

Sin duda ya había descubierto lo que buscaba.

Y sin duda ello le satisfizo plenamente, porque una risa cavernosa le brotó de la glotis, mientras, mezcladas con la risa, unas palabras decisivas resumían la situación de su alma, que seguro era impura.

Dijo:

—¡Al fin! Bien se ve que hoy estoy de suerte...

Después de lo cual intentó vanamente abrocharse del todo el abrigo ajustando el botón de más en el ojal de menos o viceversa.

¿Qué había visto el jinete negro?

¿Quién era aquel hombre?

¿Cómo se llamaban sus padres?

¿Cuántos años tenía el caballo que montaba?

¿Quién le había herrado la última vez?

¿Cuántos días tarda la estrella Calipso en dar una vuelta alrededor del sol?

Preguntas son estas que, como todas las que sobre álgebra se nos hagan, no podemos nosotros contestar.

Paciencia.

Y traslădémonos inmediatamente, con la lengua fuera ya, pues nadie ignora lo ajetreado que es leer novelas de la clase de esta, a otro trozo de la misma carretera, situado a un tiro de pistola del lugar donde estábamos ahora.

Una enorme diligencia, de las que realizaban tres veces por semana el recorrido Madagascar-París, por Groenlandia, se adelanta rauda, impulsada por el trote rítmico de sus trotones: catorce yeguas de cuatro patas.

El mayoral hace restallar su látigo y grita sin cesar palabras que el ruido de los cascabeles no es bastante para disimular, por lo cual las yeguas no saben ya a donde mirar de puro azoramiento y los viajeros que van en la diligencia tiran de ella a toda velocidad.

Entre estos viajeros figura una mujer morena, de blanco cutis y labios esbeltos, que entretiene el monótono viaje leyendo un libro de oraciones.

Es una criatura elegante, con esa elegancia propia de los ciervos solitarios y de las personas que se dedican al teatro, y da muestras toda ella y de norte a sur de estar muy nerviosa y de tener un catarro

terrible.

Al cabo, no pudiendo más tiempo a solas soportar su nerviosismo, interroga a sus compañeros de viaje:

—¿Tardaremos aún mucho en llegar a París?

—Lo ignoro, señora —le responde un barítono zurdo que se halla sentado a su vera—, pues eso depende del número de ruedas que se le rompan a la diligencia y las veces que se caigan los caballos. Pero no debe de estar ya lejos Epinney, pues el mes pasado esa ciudad estaba por estos alrededores y no creo que en un mes haya podido alejarse mucho de aquí.

—Gracias —replicó la mujer de labios esbeltos.

—Debe usted decir «*merci*», porque viajamos por Francia —le advierte su interlocutor.

—¡Es verdad! «*Merci*», caballero —dijo entonces la dama, con una sonrisa que plegó dulcemente sus manos.

Y ya no hablaron más, porque la diligencia dio un tumbo, a consecuencia del cual los viajeros cayeron unos sobre otros; y mientras el barítono quedó debajo de todos, la dama quedó encima, cosa que hacen siempre las damas, lo mismo en tumbos de diligencia que en discusiones con el marido.

Veinte minutos más tarde y merced a otro tumbo, los viajeros de la diligencia volvieron a su postura anterior, en tanto que la diligencia, con su lindo movimiento de balanceo que tantos mareos produjo en el mundo, llegaba a la legua número 7, lugar en el que, como recordará el lector si no está en Babia, se hallaba el jinete del caballo negro.



Y ya iba a pasar por allí el carricoche, porque en la legua número 7 no se le había perdido nada a nadie ni vivía ninguna novia del mayoral, cuando el jinete, saliendo bruscamente de entre un grupo de álamos que se habían quedado allí parados hablando de política, se atravesó en mitad del camino con expresión fiera en el invisible semblante y gritó:

—¡¡Alto!! ¡Manos arriba!

Las catorce yeguas se pusieron de manos, obedeciendo y provocando un laberinto de aúpa, y todos los viajeros, obedeciendo también, se llevaron las manos a la cabeza.

Lo que siguió a aquel grito se lo imagina cualquier lector de novelas, aunque tenga menos imaginación que un galápago, razón por la cual no lo decimos.

Pero como nos pagan para decirlo, pues lo vamos a decir.

Y ahí va.

A aquel grito siguió sencillamente el desvalijamiento, por parte del jinete del caballo negro, de todos los viajeros que encerraba la diligencia, personas incluidas.

Un antifaz puesto delante de su faz, ocultaba su faz a todo el que le miraba a la faz y al antifaz.

Y nadie le reconoció durante la media hora que el asaltante consumió en guardarse las joyas, dinero, objetos de arte, títulos de la Deuda, acciones del Metro, Explosivos y oro en barras que les fue, uno a uno, quitando a los viajeros.

Pero ¿hemos dicho que nadie le reconoció?

¿A ver?

Sí; lo hemos dicho.

Bueno; pues ha sido una coladura.

Porque hubo una persona del interior de la diligencia que nos jugamos lo que ustedes quieran a que le reconoció.

Sí. «Ella»: la mujer morena de blanco cutis y labios esbeltos.

La cual, cuando el jinete se inclinaba para arrancarle del pecho una reproducción del cuadro de *Las lanzas* que la dama llevaba colgada del cuello, dejó escapar tres palabras: tres únicas palabras, pero que valían por todo un párrafo de Léon Gambetta:

—¡Dios mío! ¡¡Él!!

Y acto seguido, acaso para no ser reconocida a su vez, se tapó la cabeza con una caja de galletas bretonas.

Mientras, mentalmente, la dama agregaba, con temor a ratos interno, a ratos mediopensionista:

—¡Él, Virgen Santa! ¡Quién me lo había de decir! ¡Qué jugarretas nos gasta el destino a los humanos! ¡Qué casualidades tan hiperbólicas se producen, a veces, en la vida! ¡Qué coincidencias! ¡Qué chambas!

¡Qué chiripas!

Y otras palabras extranjeras así.

Instantes después, el jinete del caballo negro, llevándose el botín y siempre intentando abrocharse el botón, huía, desapareciendo a todo galope en el horizonte clorofílico de un campo de remolachas.

De debajo de su abrigo salía de vez en cuando una voz infantil, que decía:

—¡Cómplame el *Pinocho*!

¿Quién era aquel hombre?

Y la diligencia reanudaba su marcha, magníficamente ejecutada por la orquesta.

Mientras, dentro del vehículo, la dama morena había comenzado a abrir la caja de galletas, murmurando:

—¡Llegaré hasta el fin! ¡Juro que llegaré hasta el fin!

Y nadie a bordo se atrevió a preguntarle si se refería al fin de las galletas de la caja o a algún otro fin más grande que la caja...

Aunque con retraso, la diligencia llegó a París; los viajeros salieron de ella y las catorce yeguas ocuparon los sitios de los viajeros, disponiéndose a dormir allí, como tenían por costumbre.

Y el mayoral se marchó a su casa, a fabricarse otro látigo, porque al acabar cada viaje siempre volvía con el anterior hecho unos zorros.

Esa es la vida en ciudades tan inmensas y tan tentaculares como la capital de Francia.

CAPÍTULO IV. La inmensa noticia

El caballero de la hopalanda grisácea picó espuelas con ambos pies a su cabalgadura y machacando con las patas del bruto extensos sembrados de remolacha avanzaba rápidamente.

La voz infantil seguía sonando apremiante y apelmazada.

—Cómplame el *Pinocho*, cómplame el *Pinocho*...

Y el negro jinete misterioso rechinando los dientes de modo espantable, rugió:

—¡¡Calla, miserable, calla! ¡Ah! Me excitas mis delicados nervios. Mas yo te juro que así que lleguemos a mi cómodo domicilio he de tomar cumplida venganza de lo que me estás fastidiando.

Galopando incansablemente a través del campo de remolacha por donde el jinete del caballo negro había emprendido la fuga es fácil llegar en dos horas, si no se cae uno de la silla, desde los alrededores de Epinney a París, capital de Francia.

Salvo cuando se toma dirección contraria, que entonces, galopando, se llega a los Pirineos y para ir a París hay que dar vuelta en redondo y tirar otra vez carretera arriba; y ese itinerario es más largo. Pero esto último no lo hizo el jinete que, según hemos visto, había asaltado la diligencia Madagascar-París por Groenlandia, sino que picó espuelas (no muchas: cinco o seis) y campo de remolacha va y campo de alfalfa viene, y campo de trigo va y campo de maíz viene, y patatar va y melonar viene, a las dos horas justas entraba en París, rápido como galgo perseguido por liebres.

Atravesó la ciudad, silenciosa en aquella hora del mediodía, sin pararse a contemplar monumentos, porque en su alma estrecha no entraba lo arquitectónico ni empujándolo, y tracatraca, tracatraca, se detuvo, al fin, ¿dónde dirá el lector?...

(Pausa para esperar lo que diga el lector).

(Pero el lector no dice nada).

(¡Para que se fíe uno de los lectores!)

... para detenerse justo en una calleja del barrio de Passy que ya tenemos el gusto de conocer, porque en ella vimos jugar al diábolo a una triste loca...

¡Ah, la vida!

Con razón la dama morena de los labios esbeltos hablaba de coincidencias, chambas, chiripas y otros mariscos así, tan frecuentes en la existencia.

Saltó a tierra el jinete y, dándole una palmadita en el cuello al caballo, que se apresuró a decir «¡Gracias!», pegó tres aldabonazos, secos como señoras solteras, que retumbaron como garbanzos de pega, en la casa número 8 de la *rué*, que era *rué Larrepotenopière*; nada más

que eso.

La puerta giró telegráficamente sobre sí misma para dar paso a un hombre simpático, de aspecto repugnante.

—Toma, Francillo —dijo el jinete a aquel hombre, entregándole las riendas del caballo—. Mete al caballo en el baúl hasta que lo necesite otra vez y míralo bien, que me parece que viene pinchado.

—Alguna tachuela… —aventuró Francillo.

Añadiendo:

—Lo echaré en agua, para ver dónde tiene el pinchazo, y luego, con un parche, lo dejaré como nuevo…

Pero ya el jinete apeado no le oía, pues había penetrado en el número 8 de la *rué Larrepotenopière*.

Y subiendo las escaleras de la casa y bajando las solapas del abrigo, y cruzando el salón y descruzando la levita, llegó el jinete apeado a su despacho.

No bien encendió las luces…

Ocurrió que…

Le vimos la cara…

Y era…

¡Ya imagináis!

El vizconde Fabio de Contricacci.

En persona.

Es decir: el asesino del estúpido criado Mauricio…

El raptor de la niña rubia de cinco años, tres meses y un día…

El perverso hombre, al lado del cual Nerón fue una *nurse*.

¿Tendremos que añadir que esta historia se merece por sí sola un capítulo?

CAPÍTULO V. Las canalladas de Fabio

No podemos evitar, por cruel que ello sea, el comenzar por una escena de martirio y perversión esta continuación del relato.

Pues sucedió que no bien el jinete apeado se halló en su despacho, hizo funcionar los resortes de una inmensa caja de hierro colado que se empotraba en un muro y extrajo de ella…

¡Ay, Dios! ¡Bien nos lo estábamos temiendo!

… a la dulce niña rubia raptada la noche de la nieve.

Salió la niña de la caja de hierro como salen siempre los niños de las cajas de hierro: alegre, contenta, deseando jugar.

Y como ya sabemos cuál era el juego preferido de aquella niña tan rubia y tan de cinco años, tres meses y un día, a nadie puede extrañar que sus primeras sílabas, dirigidas al monstruoso vizconde, fueran:

—¡*Pinocho*! ¡Cómplame el *Pinocho*!

Pero no creáis, ¡oh, no!, que el jinete apeado se desentendiese de la infantil petición, sino que sacando, por el contrario, de un cajón de su mesa un montón de *Pinochos*, se los mostró a la inocente criatura.

La cual, con las manos extendidas, avanzó dos pasos, lleno su hermoso rostro de la alegría más pura y más pasteurizada, mientras decía jubilosamente:

—¡Oh! ¡*Pinochos*! ¡Qué bien!

Y ya tocaban sus rosados dedos los anhelados *Pinochos* cuando el malvado vizconde, que todas las noches la torturaba lo mismo, sin piedad y sin entrañas, comenzó a romperlos uno a uno, en pedacitos microscópicos: ¡ilegibles!

Ras, ras, ras…

Y la niña gritaba de dolor:

—¡Oh, no, no! ¡Por compasión!

Y él, ras, ras, ras…

Y la niña:

—¡Basta, basta ya! ¡¡Basta!!

Hasta que la martirizada niña, agotados sus tiernos nervios, caía desmayada sobre un busto de la Emperatriz Eugenia.

¡¡¡Y así «todas» las noches!!!

¡Qué perversa infamia!

¡¡Canallesco atormentador de una niña inocente y tierna, mil veces maldito seas!!… Renunciamos a seguir describiendo la escena, demasiado espantosa.

CAPÍTULO VI. Las infamias del vizconde

A continuación, aquella noche el asqueroso Fabio de Contricacci, cuando vio ya a la niña desmayada encima de una cómoda, por el inhumano martirio a que, una vez más, la había sometido, rio con su risa cavernosa y llamó a Francillo, su servidor, colaborador y cómplice.

Pero no le llamó utilizando un timbre.

Le llamó usando una campanilla.

Su propia campanilla.

La que llevaba en la laringe.

Así:

—¡Francillo! ¡¡Francillo!!

Francillo, que en aquel momento estaba metiendo al caballo negro en un cubo de agua para averiguar dónde tenía el pinchazo, tardó en llegar.

Pero, al fin, llegó.

Porque todo llega en este mundo.

Hasta los Francillos.

Y así que llegó al despacho aquel hombre simpático de aspecto repugnante, el siguiente diálogo se entabló entre él y el odioso vizconde Fabio:

—¿Novedades? —dijo el indigno aristócrata.

—Una, y de las gordas —replicó Francillo, que era ordinario, como esos individuos que hacen recados y llevan paquetes de pueblo a pueblo.

Y explicó:

—La loca se escapó ayer...

—¡¡Eh!! —barbotó el vizconde, pegando tal salto que se salió de la habitación.

—Sí, señor vizconde. Se escapó ayer, en un descuido que tuve, porque también los pobres tenemos derecho a tener algo, y se estuvo tres horas recorriendo las calles y jugando al diávolo.

—¡¡Canalla de Nápoles!! —rugió Fabio de Contricacci, que acababa de regresar a la habitación a tiempo de oír las palabras de Francillo.

—Señor... —murmuró este, tirándose al suelo y comiéndose una baldosa en señal de sumisión.

—¡Canalla de Nápoles! ¡Insecto de las lagunas Pontinas! ¡Góndola de Venecia! —volvió a rugir el vizconde, multiplicando sus insultos geográficos contra el italiano.

El cual se comió dos baldosas más, esta vez en señal de apetito, y

osó responder, explicando:

—Las cosas de la vida...

A lo que arguyó el de Contricacci, con algún que otro síntoma de calma:

—¿Y cómo has dejado que se escapara?

Tornó a explicar el humillado italiano:

—Las cosas de la vida...

Y el vizconde, ya completamente tranquilizado por aquellas palabras, indagó por ultimo:

—¿Habló con alguien al menos?

—Señor vizconde... ¿No recordáis que es muda?

—¿Y qué? —insistió el indigno aristócrata.

—Que las mudas no hablan casi nunca, señor vizconde...

—¿Ah, no?

—No, señor.

—¿Y eso?

Tuvo Francillo que explicarle los fenómenos de la mudez, uno de los cuales consiste en que la mudez impide hablar a quien la padece.

Y cuando ya el vizconde quedó bien enterado de aquel asunto, el diálogo recobró su interés apasionante.

De esta suerte, por parte de Contricacci y siempre refiriéndose a la loca:

—¿Pero quedó encerrada de nuevo?

—Quedó; está en la caja de caudales de bronce que el señor vizconde destina a encerrar a las personas mayores. Por cierto...

Y Francillo, sin acabar la frase, se rascó con apenado gesto la cabeza, que él llamaba coco, a la moda de Padua.

—Por cierto, ¿qué? —apremiole el vizconde.

—Por cierto —se decidió a decir el italiano— que se me ha olvidado la combinación numérica con que cerré la caja de caudales cuando metí en ella a la loca y me da en la nariz que ya no podremos sacarla nunca de allí.

¡Si sería canalla Fabio Contricacci que, al oír aquello, estalló en una de sus cavernosas carcajadas!

—¡Mejor! —clamó cuando el surtidor de su risa dejó de verter agua en el estanque de su garganta—. ¡Mejor! Así Susana Graven no volverá a interponerse en mi camino.

¡Ah! ¡La loca-muda se llamaba Susana Graven! ¡Bueno es saberlo!

Pero sigamos escuchando al indigno aristócrata.

El cual añadió:

—Y respecto al otro asunto, Francillo, ¿has cumplido mis mandatos?

—Sí, señor vizconde. Ya sabe el señor vizconde que sus mandatos para mí son como años; y que los cumplo sin dejar uno.

—¡Bien, *mon vieux*! —aprobó Fabio, en correcto francés.

—Y ayer noche —prosiguió Francillo—, durante el sarao, brillante cual pocos, celebrado en la mansión de los condes del Atelier, 15, *rué de la Chaussée d'Autrin*, rapté a la bellísima e imponente joven Alicia de Bearnotte Chassis de Citroen, y desde esa hora la tengo encerrada en el calabozo del patio.

—¿En el destinado a las adolescentes rubias?

—No, señor vizconde. En el destinado a las damas morenas, porque Alicia tiene más años que el faro de Brest —replicó, siempre brutal, Francillo.

—Lo sospechaba —masculló más que dijo el vizconde.

—Además —concluyó Francillo, llevando su brutalidad al límite con Bélgica—, la rubia Alicia es morena; se tiñe.

—¡La infame! —clamó el vizconde.

Y agregó en el mismo idioma, pero en voz más baja:

—Pero, ¿no sospecharán?

—¡Qué va! —replicó Francillo, alzando un hombro con escepticismo.

A lo que el vizconde agregó, con voz tan baja ya, que resultaba enana:

—Es que no ignoras que el jamás conocido poeta Renato Machim de Mauregat-Perifolles ama a la bellísima e imponente joven Alicia de Bearnotte Chassis de Citroen y si él llegara a saber…

—No hay cuidado —dijo el italiano, tajante.

Y el vizconde contestó, con voz que de puro baja ya no se oía, estas graves palabras:

Que provocaron la siguiente respuesta de Francillo:

—¡Que no hay nada que temer, señor vizconde! Yo sé arreglar las cosas y antes de raptar a la rubia morena Alicia, asesiné completamente a un palafrenero de la mansión de los condes del Atelier y, vistiendo su lindo cadáver con el traje de recepción de la rubia-morena Alicia, lo metí en un féretro de esos que siempre se encuentran a mano en las casas ricas y todo el mundo creyó, hasta Renato, que aquél era el cadáver de Alicia…

—Entonces…

Y los ojos del vizconde brillaron con luces siniestras.

—Entonces, ¿has encerrado a la rubia-morena Alicia?

—Completamente, señor vizconde —fue la respuesta atroz—. Todo el mundo ha creído, y el poeta con todos, que aquel cadáver es el de Alicia.

—¡¡Bravo!!

Y los ojos del vizconde brillaron con luces todavía más siniestras, en las que se traslucían infernales propósitos.

—¡Bravo! —insistió—. ¡Bravo, Francillo! Acabarás por tener talento…

—¡Oh, señor! —suspiró el otro, vencido por tanto halago.

Y el de Contricacci dio la puntilla al intenso diálogo que estamos trasladando al lector, diciendo:

—Entonces, ¡corro a entonar la serenata!

Anunciando lo cual el indigno aristócrata, fruto podrido de la gran ciudad y de algunas provincias, se trasladó al patio donde se alzaba de puntillas el calabozo que contenía a la rubia-morena Alicia y le entonó, con acompañamiento de guitarra malaya, una perversa serenata siniestra, como el brillo que hemos visto en sus ojos.

Una serenata en la que también se traslucían infernales propósitos.

Horrible es copiar aquí aquella serenata.

Pero afrontamos esa horripilancia y la copiamos.

Esto es lo que cantó el indigno aristócrata ante la reja del calabozo donde Alicia hacía encaje de bolillos:

¡No hay duda! ¡No hay duda!
de que eres una chica pistonuda.
¡Qué risa! ¡Qué risa!
Cuando me quieras, avisa.
¡Qué loca! ¡Qué loca!
Tu imagen ante mí galopa.
Y creo, y creo
que soy capaz de decidirme,
sin más rodeo,
a perseguirte,
terco y tenaz,
hasta el mausoleo
¡donde descanses en paz!

Al acabar la serenata, el pervertido cantor rompió la guitarra malaya y se lanzó al asalto del calabozo.

En aquel calabozo donde la rubia-morena Alicia se estremecía ya de terrores indomables, esperando, y todos sabemos con cuánto fundamento, que el vizconde se lanzaría al momento al calabozo, dispuesto a poner en práctica la teoría anunciada en la pervertida serenata.

Pero hay algo que vela por los seres débiles.

Afortunadamente, porque si no, ¿qué sería en el mundo, por ejemplo, de las libélulas?

Y así, en aquella crítica situación, cuando el indigno aristócrata logró abrir la puerta del calabozo con la llave que siempre llevaba

colgada de una solapa, se encontró con que la bellísima e imponente Alicia de Bearnotte Chassis de Citroen, no había perdido sus vestidos.

Sino que se hallaba cubierta con la túnica de la inocencia.

Y el vizconde se desanimó.

Y no entró en el calabozo.

¡Alicia se había salvado!

CAPÍTULO VII. Otro crimen en lontananza

Junto al cadáver del palafrenero, que él suponía que era el de Alicia, el jamás conocido poeta Machim de Mauregat continuaba llorando cinco días más tarde.

Nadie había logrado separarle de allí: ni familiares ni amigos, ni la inauguración de las carreras de caballos de Auteil; nada ni nadie! Ni nadie tampoco se había atrevido a entrar en el gabinete mortuorio, convertido en capilla ardiente, porque el que más y el que menos temía quemarse al tocar las paredes de la capilla.

Eso aparte de que el jamás conocido poeta, convertido por el dolor en un tigre, en una hiena inhumana, que solo tenía de humano la chalina, disparaba sus pistoletes sobre todo aquel que ponía en el umbral la planta.

Y nadie ponía en el umbral la planta.

Ni el esqueje.

No había tolerado que se pusieran otras plantas que cuatro hortensias, que balanceaban sus macizos de flores a impulsos de los resoplidos que exhalaba el atribulado y lírico joven.

Estaba solo; solo con su dolor; solo con sus lágrimas; solo con sus pistoletes.

Y una vez y otra abrazaba al palafrenero diciéndole:

—¡Oh, Alicia mía! ¡Morirte cuando vivías! ¿Cómo has podido hacer esto, cielo mío, cielo de mi boca?

Mas inútil es dirigirle preguntas a un cadáver; el cadáver no contestará.

E inútil es dirigirle palabras cálidas a un muerto: los muertos son fríos.

—¡Alicia! ¡Alicia! ¡Alicia!

Y el grito de aquel grito estremecedor se extendía por la mansión, por la *rué* de la *Chaussée d'Autin*, por todo París, por toda Francia, incluidas Alsacia y Lorena.

Solo un hombre simpático, de aspecto repugnante, se había atrevido a asomar su ancha cara provista de dos ojos a la puerta de la habitación.

Ya supondréis quién...

Sí: Francillo.

El cual, actuando de espía paraguayo, corrió desde allí al 8 de la *rué Larrepotenopière*, a informar a Fabio de Contricacci de las cosas que le estaba diciendo Mauregat al cadáver del palafrenero.

Mas el vizconde —¡siempre indigno aristócrata!— todo lo que hizo fue lanzar otras tres carcajadas cavernosas y al sonar la última de

ellas se derrumbaron todas las chimeneas del Hotel de Ville.

—¡Eso quiero! —se le oyó pespuntear a su epiglotis entre carcajada cavernosa y carcajada cavernosa—. ¡Eso quiero! ¡¡Que sufra!! Y ya que la bellísima e imponente rubia-morena Alicia no me ama, que él crea que ha muerto y que se halla próxima a la putrefacción! ¡Y cuantos más piropos le eche al cadáver del palafrenero, más reiré!

Y fue entonces cuando con la tercera carcajada deschimeneó al Hotel de Ville, donde se hallaba, a la sazón, reunido el Ayuntamiento en pleno, decidiendo qué nombre se le ponía a la Plaza de la Concordia.

Y es que el vizconde era un canalla, sí.

Y un criminal.

Y un monstruo.

Pero también tenía corazón.

Y pulmones, Y amaba.

¡Quien lo hubiera dicho!

Y, sin embargo, es verdad.

Nadie habría creído que fuese verdad aquello.

Y, sin embargo, lo era.

Se hubiese dudado que lo fuese.

Y, sin embargo, ya se ve.

***

Una mujer había entrado en París aquel mismo día dispuesta a intervenir enérgicamente en la cadena de perro de los hechos ya mencionados, en la madeja de *coton perlé* de los acontecimientos expuestos, en el ovillo de bramante extrafino de las circunstancias narradas.

Una mujer de cutis blanco y labios esbeltos.

Olivia Ferretti Fioravanti Faldellini: la italiana de Génova.

Y esta mujer, al apearse de la diligencia, ya agotada la caja de galletas, se había instalado en la posada de «El ganso sin plumas» (*rué* de la *Ferocité-du-Marquis*, esquina a la *rué de Allons enfants que nons sommes en relard*), en una alcoba estucada que daba a los jardines de la Roulette, donde jugaban los niños y los mayores de edad que tenían dinero.

En seguida pidió salchichón de aves, recado de escribir y una llave para abrirse el apetito, porque venía hecha polvo de carretera francesa.

Y escribió la siguiente carta:

«Fabio: estoy enterada de todas vuestras infames maquinaciones que os cubren de vergüenza el *mackferland* y los *mackferlanes* de vuestros padres y abuelos y vengo dispuesta a impedirlos: los planes, pues los *mackferlanes*, por desgracia, ya no hay quien los impida. Acordaos de Perusa. Y si tenéis tiempo y memoria, acordaos también de Bolonia, de Génova, de Florencia, de Pisa y de los Alpes Dolomíticos. Y si os acordáis de todo eso, no extrañaréis que haya venido en la diligencia de Madagascar, por Groenlandia, donde he dejado a mi buen padre dedicado al cultivo de la caña de azúcar y siempre más viejo que yo, por las pesadumbres. Mas si creéis que he venido a París de Francia atraída por el imán de vuestro amor, succionada por el tubo de vuestro recuerdo, haréis el burro, pues no he venido por el imán, porque ya no me atrae, ni he venido por el tubo, porque no quepo. Aparte de que aquel amor, que un día inmundo tuve por vos, murió de meningitis hace ya tiempo: durante el reinado de Luis Felipe; y ya en mi corazón no hay sino ventrículos, aurículas y odio. Por ello os digo que vuestras infamias no pasarán adelante ni empujándolas. Ahora bien, que dicen los matemáticos: si queréis pactar conmigo, venid a verme a la posada de «El ganso sin plumas», donde me hallo, pues no tengo inconveniente en que pactemos y estoy dispuesta a que realicemos el pacto. Pero no os olvidéis que os aborrece en el pacto y antes del pacto por lo infame, y canalla, esta que lo es,

OLIVIA».

«Postdata, que se dice: ¡Ah! No olvides que llevo siempre encima los papeles comprometedores, porque sin papeles comprometedores no hay nada que hacer en estos casos.»

Pronto recibió el vizconde esta misiva, que destilaba enemistad y agua a cero grados del termómetro centígrado, y al recibirla, sus juramentos en italiano y francés, entreverados, fueron espantables.

Llegó a decir: *parbleu, parvoir, parvert, pargris, maladetta, volta, bussolanti* y *piróscato*.

Y aún dijo dos palabras peores en español; aún dijo: *plusvalía* e *hipoteca*.

Era una bestia parda el tal vizconde.

Y entonces apareció Francillo.

—¿Decíais? —interrogó aquel lacayo del crimen.

—¡Pasa! —gritole Contricacci—. Pasa y lee esto…

Y le ofreció la carta de Olivia, que Francillo devoró de cabo a rabo, aunque no le hizo daño.

Una vez devorada la carta, el vizconde tuvo que explicarle detalladamente lo que la carta decía.

A lo que replicó el italiano con asombro:

—¡Olivia, aquí!

—Sí, Olivia, aquí —replicó el vizconde—, y ya sabes que esto es peligroso como un brasero encendido.

—Mucho más peligroso que el brasero encendido —especificó Francillo.

—Por lo cual es imprescindible que le arranques a esa mujer los papeles comprometedores, pues una mujer con papeles comprometedores, compromete.

—Así es —se vio obligado a confesar Francillo.

—Y en cuanto a ella —remató el vizconde—, la quitarás de en medio una vez que la hayas quitado los papeles comprometedores. ¿Lo harás?

—Mi papel comprometo —respondió el italiano—. Confiad en mí y en el venenoso chocolate de Matías López, vizconde. Tengo armas contra Olivia y la odio, porque la amo.

—Es lógico. Pues vete. Está, como ves, en «El ganso sin plumas».

Y Francillo partió.

CAPÍTULO VIII. En donde vemos cómo murió el que tenía que matar

Todavía no se había despojado Olivia Ferretti de sus ropas de viaje, cuando un criado de la posada, que atendía por «Leal», anunciole a la dama de los labios esbeltos la llegada de Francillo.

—Que pase raudo —fue la respuesta de la italiana de Perusa.

Y obedeciendo su orden, horas después, Francillo entraba en la alcoba estucada de la dama con un puñal así de largo en la mano diestra.

—¿Vienes a amenazarme de nuevo, canallesco napolitano? —indagó con asco la dama.

—Vengo a meterte el corazón en un puño, Olivia —exclamó no bien pasó el umbral y le hubo pedido perdón, a lo que el umbral no replicó palabra.

La italiana de Perusa retrocedió un paso y exclamó:

—¡Entonces, vete! ¡Vete en el nombre de Dios!

Pero Francillo no tenía «marcha atrás» en la caja de cambio de su motor anímico y oyó aquellas palabras de la diabólica mujer como habría oído el septimino de Beethoven en un concierto al aire libre.

Por el contrario, en lugar de irse, se sentó en una silla de madera de Anjou y de paja de las Ardenas, y, mientras afilaba el puñal con un trozo de piedra pómez de los que abundan en el suelo de las alcobas, murmuró corno un arroyuelo:

—Olivia... Te adoro...

Hubo un silencio en la estancia y tres revoluciones en México.

¿Era aquel mismo hombre el Francillo que todos conocemos?

Nadie lo hubiera dicho.

Y si lo hubiese dicho alguien, le habríamos dado de bofetadas a ese alguien.

Porque ese alguien mentiría diciéndolo.

Pues Francillo, al revelar aquel secreto de su corazón amoroso, pero reservado, era realmente otro hombre.

Repitió como si hablara en sueños y como si se expresase en pesadillas:

—Te adoro, Olivia, y tú lo sabes, pues te lo he dicho en tres telefonemas urgentes enviados el año pasado a Madagascar. Porque mi amor hacia ti es lo suficientemente grande para que no cupiera en un solo telefonema. Y ahora te agrego, porque te tengo delante y porque me da la gana, que es también lo suficientemente grande para traicionar a Fabio de Contricacci...

Hubo otro silencio y pasaron dos minutos hablando de sus cosas.

Después restalló como un látigo de cuero la respuesta de Olivia:

—¡Lacayo! —escupiole al italiano.

Pero este no reaccionó ante el bestial insulto, porque aquel insulto había sido su profesión durante catorce años en El Havre y porque amaba efectivamente a Olivia.

A la viceversa, lo que hizo fue sonreír de un modo dulce, especialmente con las facciones de su rostro.

Y dijo, humilde como la violeta y sencillo como una aldeana de las Landas:

—Llámame lacayo... llámame pescante... Llámame farol... O fusta... O caballo... O rienda... O llámame coche, si quieres... ¡Me es igual! Cuando se ama cual yo amo, los insultos de la amada suenan en nuestro oído como zambombas jubilosas. Hoy vengo a ofrecerte la paz y la felicidad. La Paz y la Felicidad, con mayúscula. Y si, así lo deseas, además de la Paz y la Felicidad, te ofreceré la Antonia. E incluso la Joaquina. Poseo un capitalito. Olivia, que he reunido con mi trabajo, a fuerza de estafar bancos peruanos, y lo pongo a tus pies, como si fuera dos zapatos. Piensa, Olivia, en que aún podríamos ser dichosos, retirándonos a ocultar nuestro amor a una casita perdida en Montecarlo o a una quinta de Burgos.

Pero no pudo seguir.

Categórica e hiperbórea, había sonado de pronto la voz de Olivia:

—¡Nunca!

—¿Nunca? —dijo él, alzando los ojos al techo.

—¡Nunca! —repitieron los esbeltos labios de la italiana de Perusa.

Y siguió a aquello un diálogo, agitado como un específico.

—¿Es tu última palabra? —suspiró Francillo, recogiendo del techo sus ojos.

—¡La postrera!

—¿La postrera o la portera dijiste?

—La postrera dije.

—¿Sí?

—*Oui!*

—¿De veras?

—*Per Baco!*

—Pero...

—¡Inútil!

—¿Y acaso no...?

—¡Miau!

—¿Y tú?

—Jamáis *de la vie!*

—No obstante...

—*La donna é móbile!*

—¡Olivia!

—¡Francillo!

—Pero me abrumas.

—Lo sé.

—¿Y nada te importa?

—*Niente!*

—¿Entonces?

—¡¡Sal de aquí!!

—¿Y *arrivederche per tutta la vita*?

—*Arrivederche per tutta la vita!*

En un minuto pasó mirando hacia atrás y tropezando en los sillones, al cabo del cual sonó, como un estampido, la resolución del italiano:

—Te juro que te pesará —aulló más que dijo.

—Nada me importa la muerte si antes de ella os desenmascaro, os desantifazo y os desencareto a ti y al vizconde...

—Pues bien —ultimó Francillo, levantándose de la silla cual se levanta una tormenta en el golfo de Vizcaya—. ¡Si quieres guerra, tendrás guerra! ¡Y ya no me detendré hasta que te destroce a ti y hasta que destroce las plantaciones de Madagascar que tu padre tiene en caña de azúcar!

—¡Inténtalo si eres hombre y gastas bigote! —lanzó Olivia en reto carlovingio.

Y agregó, desgarrando su corpiño:

—¡Y hiere aquí si tanto osas, desalmado! ¡¡Nada me asusta estando en París!!

Francillo dudó.

¡Claro!

Siempre duda el criminal cuando se enfrenta con el valor heroico, que es igual que un freno hidráulico, solo que más barato.

Y cobarde, como todos los hombres que se criaron jugando en una playa o que ven desgarrarse un corpiño, aunque el asesinato de Olivia le obsesionaba, Francillo retrocedió hasta la ventana que daba a la *rué* de la *Ferocité-du-Marquis*.

Todavía increpole Olivia once veces más con palabras duras como fiscales y contundentes como estacazos de pastor de elefantes, con las palabras más mortíferas del diccionario italiano.

Ante las cuales, Francillo retrocedió aún más.

Y tanto retrocedió, siempre de espaldas a la moda italiana y sin ver lo que detrás tenía, que se le terminó la habitación, tropezó bruscamente con el alféizar de la ventana y cayó por la ventana a la calle.

De espaldas.

Y gritando horrorizado:

—¡Caruso!

De los esbeltos labios de Olivia se escapó un alarido involuntario,

pero gordo.

Corrió a la ventana.

Asomose.

Francillo había muerto en el acto, escena tercera.

Y ya miles de transeúntes se sentaban encima de él para comentar el hecho, diciéndose:

—¿Crimen, suicidio, accidente casual o propaganda del chocolate Meunier?

Sin que nadie acertase a explicárselo...

Con retraso, como de costumbre, pero cuidadosamente uniformados, treinta y cinco gendarmes irrumpieron en la alcoba estucada que ocupaba Olivia Fernetti en «El ganso sin plumas».

Y los treinta y cinco gendarmes, dirigiéndose a la italiana de Perusa, exclamaron:

—En nombre de la ley, que ahora vendrá, porque está delicada y anda más despacio que nosotros, ¡daos presa!

Olivia Fernetti cayó desmayada en los brazos de los treinta y cinco gendarmes.

Más morena que nunca.

Pero siempre hermosa.

Como un capullo de crisantemo japonés.

CAPÍTULO IX. La perdición de Olivia

Durante doce meses y cincuenta y seis días todo el pueblo de París en masa permaneció en la puerta de la posada «El ganso sin plumas», siempre comentando el extraño sucedido de que habían sido protagonistas Francillo y la ventana que daba a la *rué de la Ferocité-du-Marquis*.

También comentaban a ratos la detención gendarmeresca de Olivia Fernetti, a la que nadie había conseguido ver, pero que a todos les había sido muy simpática.

La italiana de Perusa se hallaba entonces en una mazmorra putrefacta de la Sureté, a donde llegaba —por estrecho ventanuco— la luz del sol y, los silbidos de los golfillos parisienses que jugaban en las cercanías, junto con los rumores de la gran ciudad y muchos murciélagos.

Pero en medio —y otras veces a sus lados— de sus desgracias, Olivia tenía el consuelo de las visitas de esos dulces animalitos, con los cuales ya se había familiarizado, a los que ya conocía y llamaba por sus nombres y por sus apellidos y que si no acudían a comer a su propia mano era únicamente porque a la Fernetti no le daban de comer sus carceleros.

¡Cosas de la Francia del año de 184...!

Y los ratos que los murciélagos la dejaban libre, Olivia lloraba.

Lloraba en abundancia navegable y se preguntaba con angustias del Milanesado lo que sería de ella de aquí en adelante, asunto que le estaba reservado al Destino, porque el Destino había telefoneado a la taquillera varias horas antes.

Estas eran las preguntas que se hacía Olivia:

—¿Cómo podré vengarme del vizconde estando aquí encerrada entre estas catorce paredes?

—¿Cómo podré evitar sus malvados planes?

—¿Qué será en lo sucesivo de mi buen padre, ocupado siempre en sus plantaciones de caña de azúcar en Madagascar?

—¿Me condenarán a muerte por el fallecimiento de Francillo de que me acusan o se limitarán a insultarme el día de la vista del proceso, aparte de la miopía que ya padezco?

—Y ¿qué me pasará en el juicio?

—¿Saldré bien de la vista?

—¿Perderé el juicio o me volveré loca?

Y otras dos mil quinientas preguntas así.

***

Entre tanto, el indigno aristócrata, el infame vizconde, el canallesco Fabio de Contricacci se paseaba impaciente por el alero del tejado de su casa, aguardando, ya nervioso, el regreso de Francillo.

Pero era inútil que le aguardase, según sabemos, porque Francillo no estaba ya para acudir a ninguna cita.

Excepción hecha de la fría cita de la muerte, a la que había acudido en el frío patio del frío depósito de cadáveres del frío París, llamado *Morgue*.

—¿Por qué no vendrá este miserable, estrecho y vil gusano? —decía el vizconde, que también a aquellas horas se hacía preguntas.

Pero ni el tejado ni el alero por donde daba sus nerviosos e impacientes paseos le contestaban.

Y pasaron las horas

Una hora.

Otra hora.

Otra hora.

Otra hora.

Y así, hasta dieciocho.

Entonces, cuando las dieciocho horas hubieron pasado, el vizconde Fabio pensó:

—A ese le ha ocurrido algo.

Y se lanzó a la calle, dándose un morrón tremente, por cierto, decidido a averiguar lo ocurrido al repugnante italiano de aspecto simpático.



Todo lo supo por boca de los habitantes de París que, en masa, seguían ante la posada de «El ganso sin plumas» y que se lo contaron al unísono sin olvidar detalle.

Pero Contricacci no creyó ni por un momento que Olivia hubiera asesinado a Francillo.

¡Qué había de creer, conociendo como conocía a Olivia desde la guerra del Rosellón!

Él sabía perfectamente que puestos a dar tortazos, era Francillo mucho más bruto que Olivia, y que la muerte del italiano no podía

obedecer sino a un accidente incuestionablemente fortuito.

Fortuitísimo, pero accidente al fin.

No obstante, como su maldad se hallaba cobijada innata en su lamentable corazón de indigno aristócrata, decidió acusar a Olivia del crimen, de tal suerte que no quedase lugar ni aldea a la duda.

Y para llevar a cabo aquel programa de festejos, puso rumbo al Juzgado, que se hallaba a la sazón en el *Palais de Justice*, para juzgar más justicieramente que hubiera juzgado nunca ningún Juzgado.

Llegó y se hizo anunciar al juez, que lo era de arriba a abajo *monsieur* Luciano de Canterac de Poligny, todo un hombre, a pesar de su perilla.

El cual se apresuró a hacerle los interrogatorios que marca la ley y algunos otros que a él se le puso en las narices hacer, pues para eso era el juez y se había partido el pecho estudiando una carrera, llena de obstáculos, como el hipódromo de Longchamps.

—¿Conocéis al muerto? —fue la primera pregunta que le tiró a la cabeza.

—¡Hombre, claro! —murmuró Fabio.

—No diga «hombre, claro»; diga «sí» o «no» —clamó Canterac de Poligny—. ¿Me oye?

—Sí.

—Sí, ¿qué? ¿Que si me oye o que si conoce al muerto?

—Que sí y que sí —replicó el vizconde para que se viese claro que contestaba a todo que sí.

—¿Desde cuándo le conocéis?

—Fuimos juntos al «cole».

—¿A dónde?

—Al colegio; pero nosotros, los chicos, les llamábamos «coles».

—¿Y cómo llamaban ustedes a las coles?

—Colegios. A no ser que fueran de Bruselas.

—Y cuando eran de Bruselas, ¿cómo las llamaban?

—Por teléfono.

Intervino un ujier y gracias a eso se puso un poco claro el diálogo, que ya empezaba a tener oscuridades de túnel suizo.

—El señor juez desea —le dijo a Fabio— que le digáis desde cuándo conocéis al muerto.

—Le conozco desde 1817, mes más, mes menos, y también conozco a la mujer que le ha asesinado, la cual es capaz de asesinar no digo yo a Francillo, sino al glorioso inventor Thomas A. Edison.

La acusación era grave como el tifus.

—Según eso, vos sospecháis… —aventuró el juez.

—No sospecho nada, señor juez. ¡¡Afirmo!!

—¿Afirmáis?

—Afirmo con nombres y apellidos que ella fue la violenta asesina,

pues yo mismo vi con mis propios globos oculares cómo arrojaba al italiano sobre el empedrado de la *rué* de la *Ferocité-du-Marquis*, donde se hizo puré el cerebelo.

Ante la gravedad de estas palabras, el tifus era ya una *grippe*.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —gruñó Canterac de Poligny.

—Seguro cual poste —corroboró Fabio.

—Caballero, ¡juradlo! —reclamó el juez.

—Lo juro por vuestra salud, señor juez.

Y en ese mismo instante el juez cayó muerto de una embolia.

Hubo que traer otro juez.

Felizmente los había de repuesto.

Sentado en el lugar del otro, el nuevo juez, *monsieur* Ferdinand de l’Oeuf de la Poule, apenas tuvo este otra cosa que hacer que levantar el cadáver de su antecesor y el acto que se estaba celebrando, con una felicitación para el infame vizconde.

—Podéis estar satisfecho, señor. Acabáis de prestar un gran servicio a Francia y al Departamento del Sena.

Y así fue cómo Fabio de Contricacci labró con una calumnia pútrida la perdición de Olivia.

CAPÍTULO X. La loca y Renato

Susana Graven, la infeliz loca de toda la cabeza, había quedado encerrada, como se recordará, en la caja de caudales de cobre que el vizconde utilizaba para encerrar a las personas mayores.

Pero se diga lo que se quiera, no existen seres que más y mejor discurran que los locos.

Y a los pocos días de estar allí metida ya había ideado un procedimiento para escaparse.

Ved de qué ingeniosa estratagema se valió.

Envió una carta anónima a un ladrón, famoso entonces en todo el territorio francés, Raúl, «el Chucho», diciéndole que la caja de caudales de bronce del vizconde Fabio de Contricacci, 8 *rué Larrepotenopière*, estaba llena de valores cotizables en bolsa y billetes sin numerar...

Y, naturalmente, no bien hubo recibido aquella carta, Raúl, «el Chucho», se fue para allá con un carro, cargado de todas sus herramientas: peonzas, caballitos, combas, aros, etc., porque para él abrir una caja de caudales era un juego de niños.

Y con solo unos bolos y dos o tres soldaditos de plomo, Raúl, «el Chucho», abría la caja de caudales de bronce a los cinco minutos de ponerse a la tarea.

Nos sería imposible describir su rabia y desesperación al constatar que la caja abierta solo contenía una infeliz loca.

Pero el lector se dará cuenta de lo grandes que fueron uno y otra cuando sepa que Raúl, «el Chucho», así que la loca hubo salido, se metió en la caja y allí se quedó para el resto de su vida.

Aunque debía ser bastante largo ese resto, pues Raúl no murió hasta 1918, el día del Armisticio de la Gran Guerra: y para eso, murió de la alegría, pues, aunque ladrón «el Chucho», era francés.

Por lo que afecta a la loca de toda la cabeza, Susana Graven se fue directamente desde la caja de caudales a buscar al vizconde para cargárselo, pero el vizconde huyó por las calles y, cuando vio que la huida era ya imposible, disparó su pistolete contra la demente.



Susana Graven cayó al suelo. Y el vizconde, aterrado, se esfumó por una calleja transversal. Cuando el vizconde desapareció, Susana Graven se levantó nuevamente; la bala del pistolete no tocó su epidermis; se cayó porque había tropezado.

La loca lo quiso seguir y lo buscó en vano por todo París y luego Burdeos y por Lyon.

Y al día siguiente regresó a París tan cansada que se quedó montada a caballo en el pretil de la orilla izquierda del Sena y allí hubiera seguido hasta el día de hoy a no ser porque...

***

Retrocedamos, que es más conveniente, y busquemos al jamás conocido poeta Renato Machine de Mauregat-Perifollés.

Le hallaremos en los jardines del Luxemburgo, sentado en un banco de crédito agrícola, mascando chufas y lleno de una honda melancolía.

La muerte, que él seguía creyendo real, de la rubia-morena Alicia, le sumía en aquel estado de idiotez cinco o seis veces diarias desde que fuera presidiendo el duelo al cementerio de Pére Lachaise Longue, a dar tierra al palafrenero en quien personificaba a la bellísima e imponente joven.

¿Qué iba a hacer, después de todo?

¿Acaso cuando un ser medianamente humano se siente traspasado por el dolor puede hacer algo que no sea sentarse en los jardines del Luxemburgo, siempre que haya jardines del Luxemburgo en la ciudad en que aquel ser vive?

¿A quién acudir cuando nos traspasa el dolor? Si somos poetas, acudiremos a las Musas. A ellas acudió Renato para escribir en la arena, con su bastón la sugerente composición titulada:

A ella, enterrada
(Soneto)

Y que decía así, copiada de la arena textualmente:

Desde el momento amargo en que Pálida
te llevó de esta vida repugnante,
te veo aunque no estés, siempre delante,
como ve el estudiante la Reválida.

Y oigo tu voz y toco tu piel cálida
y te escucho toser a cada instante,
con aquella tos tuya, fascinante,
de mujer ya hecha polvo y medio inválida.

Porque estabas muy pocha, Alicia mía...
Tan pocha estabas ya que yo veía
que palmabas, ¡oh, amada!, antes de junio.

Pero la muerte infame aún fue más rápida;
y hoy yaces ya debajo de una lápida
sin que haya de evitarlo medio algunio.

Era un hermoso soneto, acompañado de versos complementarios:

A ella, putrefacta

Ya yaces bajo tierra.
Ya te has muerto, Alicia.
Y la terrible noticia
me hace llevar una vida muy perra.
¡Dios mío! ¡Dios mío!
Se ha muerto mi amor,
mi amor adorado.
Siento un frío, un frío...
Y siento calor.
¡Estoy traspasado!

CAPÍTULO XI. La torpeza fatal

Poco nos queda que añadir, después de narrar los emocionantes acontecimientos que llevamos narrados.

Muerto Francillo por factura de la base del cráneo con ligera introducción de esquirlas en el encéfalo, en las circunstancias que ya conocemos, el asqueroso vizconde de Contracacci, para quien aquel hombre lo había sido todo, quedó como don Miguel de Cervantes después de Lepanto: con una mano de menos, pues Francillo era su mano derecha.

¡Para que vayan ustedes viendo!

Y así, no tardó en dar el paso en falso que había de causar su ruina y que seguro que estaban ya esperando los lectores con impaciencia de príncipe heredero.

Ello ocurrió, porque, comprendiendo Fabio que era urgente deshacerse cuanto antes de los tres inocentes seres humanos que creía tener encerrados en su casa del 8 de la *rué Larrepotenpière*: la loca de toda la cabeza, la rubia-morena Alicia y la desvalida y tierna niñita de cinco años, tres meses y un día, imaginó la torpe y zafia combinación de envenenarlas con merengues amarillos ligeramente rellenos de arsénico.

Y no había de parar ahí su torpeza, sino que para acabarlo de arreglar, como no tenía ya a quien mandar a los recados, le propuso ir a la farmacia a la tierna niña de cinco años, tres meses y un día, prometiéndole para la vuelta, si realizaba bien el encargo, comprarle tres pirulís a elegir.

Y conseguida, como era de esperar, su aquiescencia, extendió con letra gótica, para disimular, una receta:

Despáchese
de arsénico .... 12 kilos
de pasta para sopa .... 1 kilo
(Mézclese, entréguese y cóbrese).

Falsificó la letra del doctor Marañón, que por cierto no había nacido todavía en aquella época, y envió con ella a la infeliz niñita a que adquiriese el arsénico en una farmacia de los arrabales.

La infeliz niñita fue con la receta y con sus cinco años tres meses y un día a la farmacia del licenciado Duroc, que era la que hacía mejores píldoras para soportar la música de Wagner.

Y dando la receta al mancebo Pierre Laffite, que estaba de guardia, recomendándole con ingenuidad típicamente infantil:

—Despácheme pronto esta receta. Y deme un arsénico que sea bueno, que es para envenenar.

Y lo demás, ya lo imaginaréis.

Al oírla, el mancebo entró en sospechas.

Y como estaba de guardia, decidió seguir de guardia hasta el fin y detener al envenenador o envenenadora.

Siguió a la niñita luego de despacharle un arsénico malo, del que menos mataba, y siguiéndola llegó ante el número 8 de la *rúe de Larrepotenopière.*

Penetró.

Espió.

Observó.

Vio.

Comprobó.

Y cuando ya el vizconde tenía rellenos con arsénico los merengues, le dio el alto y dos pastillas de opio.

Y con el vizconde dormido y cargado al hombro, se puso en camino hacia la Prefectura.

A ver al Prefecto.

Porque todo había salido prefectamente.

Menos para el vizconde, claro.

CAPÍTULO XII. En donde se sabe qué fue de todos los personajes

Convicto y confeso el vizconde, y juzgado por el Alto Tribunal del Sena desbordado, fue condenado a once muertes.

Por desgracia, al matarle la primera vez ya no hubo manera de que resucitase y fue imposible matarle las otras diez veces que exigía la sentencia.

Mientras iba al patíbulo, su gesto era de contrariedad y disgusto.

Y en el recorrido se cruzó con una carretela, en la que paseaba tomando el fresco con patatas —¿adivináis quién?— la morena Olivia Fernetti, la de los labios esbeltos, la italiana de Perusa.

Y es que había pasado tanta hambre en la cárcel, que desde que fue puesta en libertad todo lo tomaba con patatas, hasta el fresco.

Ella y el vizconde no se dijeron nada.

Los dos volvieron la vista para otro lado.

Y el vizconde siguió sin decir nada, incluso después de muerto.

Cuatro inocentes seres de diferentes edades, pero iguales en el poco cerebro de que disfrutaban y en la mísera materia de que aquellos cerebros estaban construidos, separados por las perversidades de un indigno aristócrata, volvían a reunirse ya para siempre en un solo grupo.

Estos cuatro seres inocentes eran:

la bellísima e imponente joven Alicia;

el jamás conocido poeta Renato;

la hija de ambos: la niña rubia de cinco años tres meses y un día,

y la loca de toda la cabeza, Susana Graven, que era madre de Alicia y padre de Renato.

Ya formaban una sola familia.

De manera que ahora es cuando iban a empezar realmente los disgustos.

Pero su vida en común empezó por una satisfacción: la de asistir los cuatro reunidos a la ejecución del vizconde Fabio comiendo nueces.

Y la que salió verdaderamente ganando fue la loca de toda la cabeza, porque recobró la razón justo en el momento en que aquello era necesario: ni antes ni después; y especialmente porque le tocaron más nueces que a los otros.

***

Y la vida en París siguió como una cabalgata girovante; con sus

perversidades y sus inocencias.

Y esa vida continuó creando nuevas novelas como esta que con el tiempo escribirá también, igualmente en francés, el autor —llamado con razón «el Montepín de la postguerra»— si no le da por dejar de escribir y dedicarse a la cirugía estética, que se dan casos.

Y *c'est la vie.*

Adieu!

FIN DE LA NOVELA

¡437 regalos a los lectores de Ingenuidad y perversión parisinas!

La EDITORIAL MUERDECHAPAS, en su deseo de obsequiar a sus infinitos millones de lectores, ha resuelto regalar en el próximo mes de agosto los siguientes objetos:

Tres máquinas de escribir
Docena y media de botones «alta fantasía» para chalecos
Dos sofás de tres patas
Cuatrocientos aviones bimotores
Una pluma estilográfica
Cinco copas de vidrio
Medio kilo de cacao
El edificio de la Banca Morgan, de Nueva York
Un perito electricista
Dos cortes de trajes
Tres señoritas de conjunto con sus correspondientes madres

Para tener derecho a estos regalos de la EDITORIAL MUERDECHAPAS no se necesita más que leer de cabo a rabo la preciosa novela por entregas

Ingenuidad y perversidad parisinas

(Al acabar la lectura de dicha novela, los lectores deberán personarse en las oficinas de la EDITORIAL MUERDECHAPAS y, cumplido el trámite previo de contarle todo el argumento al cajero, recibirán el regalo EN EL ACTO. Aquellos lectores que lleguen cuando ya los regalos se hayan acabado, recibirán el importe del viaje en tranvía de regreso a su domicilio.)

¡¡¡437 regalos a los lectores!!!

[1] Se trata de una revista infantil que Saturnino Calleja editó en Barcelona entre 1925 y 1931, por lo que el anacronismo es indudable.

[2] Es una referencia a la batalla de Berézina, que tuvo lugar en 1812 durante la retirada de Napoleón de Rusia.

[3] Esta obra, cuyo texto es original de Enrique Jardiel Poncela no podrá ser traducida al sueco sin permiso de su autor.